

## TESTIMONIO DE AMARATT PERALTA

---

**B**uenas tardes. Primero, quiero agradecer. Este congreso ha sido un espaldarazo para la obra de Don Gamaliel, y sobre todo me ha conmovido que quien inició todo esto es una paisana mía, porque me parecía extraño que nadie en Bolivia tomara esta bandera. Pero ya vemos que tenemos a alguien que sí va a sacar la cara por Bolivia.

Yo había preparado algo para conversar con ustedes pero después de escuchar tan elocuentes exposiciones y tan brillantes, pues decidí no hablar acerca de lo que había pensado hacer para relacionarme con ustedes. Entonces lo que voy a hacer es tratar de mostrarles mi experiencia como hijo, el hijo más pequeño de Gamaliel. Les hablaré de lo que me tocó a mí vivir y compartir con él. Porque es muy diferente la relación que ustedes tienen con él, pues lo conocen a través de su obra. Yo lo conocí a él como un ser humano; desde otro ángulo de la existencia. Sabía que era un intelectual, sabía que trabajaba en la prensa, que era una persona que tenía una enorme simpatía por lo originario, pues todos nosotros en Bolivia llevábamos por apellido no Peralta, que era su apellido de origen, sino llevábamos el apellido de Churata. Todos éramos Churatas. Eso nos creó problemas legales al final, pero también hizo que nos criáramos de una manera muy especial, bajo la influencia de sus ideas. Mis primeros recuerdos de niño son de cuando tenía unos tres años de edad y no me iba a la cama si él no me contaba unas historias que se inventaba acerca del valiente Capitán que, montado en un mamut, libraba épicas batallas. El famoso Capitán yo creo que era Onphan, el primer hijo de mi padre. Bueno, él le decía Onphan, Onphan Cholato, esa era la forma en que se refería a él, al primer hijo. Entonces para mí era una necesidad que me él me siguiera contando esas historias. Y tuve la dicha de ser el último hijo, porque él ya estaba tranquilo y seguramente cansado de lidiar con los hijos, y conmigo tenía una paciencia sin fin. Recuerdo algunas frases que me decía cuando yo interrumpía su descanso, porque mientras me estaba contando se quedaba dormido. Entonces yo lo despertaba y él se sorprendía y me decía “coño indiecito, eres más

jodido que el cuero de la vaca”. O, “indiecito, deja de joder”, porque tenía la costumbre de emplear palabras de ese tipo: “eres más jodido que el gobierno de cochinchina”, o cosas así. Tenía una paciencia enorme conmigo. Cuando yo tenía unos cuatro años mis padres se divorciaron y fui a vivir con mi madre y mi hermano Fedor, y él se quedó con Teófano y Estrella. Pero yo siempre trataba de estar con él, de acercarme a él. Los fines de semana, el día que tenía yo libre, iba a visitarlo a Obrajes. Allí tuve experiencias con él acerca de esto... de la mamita Brunilda, a pesar que ya la mamita Brunilda era un ser que convivía con nosotros. Desde pequeño, yo la conocía a la mamita Brunilda. Era un ser vivo dentro de la familia. Gamaliel tenía una obsesión con ese amor por esta persona, y mi madre también la reconocía como la mamita Brunilda; no había ningún tipo de celo femenino, ni nada. Compartíamos con él sus ideas acerca del afecto que tenía por esta señora a la que yo hubiera querido conocer.

Ya cuando tenía unos cinco años, no sé por qué, sería por influencia suya... por las cosas que le escuchaba decir..., pero un día se me ocurrió saludarlo diciéndole: “¡Napay kuyki Apu Inca!”. Desde entonces empecé a comunicarme con él de esa forma. Cuando lo veía, primero tenía que saludarlo: “¡Napay kuyki Apu Inca!” y darle un beso en la boca, después tenía que darle un beso a la mamita Brunilda, que estaba en el cuadro que tenía colgado cerca de la cama, y otro beso a Capitán, mi hermano, Onphan Cholato, el primer Teófano, hijo de la mamita Brunilda, que estaba en un pequeño grabado en madera con su imagen. Ese era nuestro secreto, la forma en que nos relacionábamos.

Ya cuando tenía unos siete u ocho años, empecé a ir con él de excursión. Le gustaba caminar por los montes. Seguramente iba a refrescar su mente en medio de los cerros. A veces íbamos al Altiplano. A su lado, empecé yo a sentir esa presencia tan monumental que es el Altiplano, la impresión que a uno le crea ver esas montañas, esa soledad, sentir el viento... y a pesar de mi edad empecé a entender ese afecto que él tenía por la zona, por ese paisaje maravilloso. A veces se sentaba en algún lugar y se quedaba en silencio, supongo que estaría meditando o recobrando fuerzas para continuar con su trabajo, o quizá era un contacto telúrico con el ambiente... a él lo envolvía un mundo distinto... que yo percibía como algo mágico. Estar a su lado me hacía sentir esas

cosas... Cuando estaba con él yo vivía otro mundo. Quizá por eso yo siempre insistía en estar con él, era demasiado necesario para mí estar en su presencia.

Después de que mis hermanos Teófano y Estrella se fueron para Lima, él se quedó solo viviendo en una casa de Obrajes, en la zona sur de La Paz. Era una casa muy antigua, con balcones... Yo iba a visitarlo con más asiduez, iba constantemente a verlo, y allí me convertí en su estafeta, o lo que dicen los norteamericanos, en *delivery boy*, pues era el que iba y venía llevando y trayendo sus escritos a los periódicos, revistas y emisoras con los que los tenía comprometidos, porque él ya había dejado de trabajar en forma presencial en las redacciones y estaba dedicado a revisar su obra, seguramente a corregirla, a ponerla en orden. La mayor parte del tiempo se la pasaba en Obrajes. Don Gamaliel fue una persona que tuvo mucha importancia en los gobiernos de Paz Estenssoro y de Toro; era una persona muy conocida dentro del ámbito político en Bolivia y parece —aun cuando no lo sé, no puedo asegurar— que todos los que estaban en esa cúpula de poder solían sacar muchas ganancias de la cercanía con el gobierno. Entonces, como yo era el que iba y venía llevando la información que él debía proveer a Radio Illimani y a periódicos como *La Razón*, *Última Hora* y *La Nación*, un día yo me había gastado el dinero del transporte para bajar a Obrajes y no me quedó más remedio que hacer dedo. Paró un señor en un carro muy elegante y, a modo de conversación, mientras bajábamos (yo vivía por la Universidad de San Andrés y usualmente mi última parada era en el periódico *La Nación*, que quedaba a la espalda de la Biblioteca, muy cerca), empezó a hacerme preguntas. Entonces para poder bajar a Obrajes tenía que ir a la Avenida Arce, y ahí paró este señor que iba a Calacoto, me parece, y en el camino me hizo algunas preguntas, que quien soy, que como me llamo. Y en ese entonces yo era todavía Churata, yo no sabía que era Peralta, no tenía ni idea. El señor me dice:

—¿Cómo es tu nombre?

Yo le digo: “Amaratt Churata”.

— Ah... ¿tú eres hijo de Gamaliel? ¿Qué eres de don Gamaliel?

— Sí, soy el último hijo, le dije.

—¿Y cómo estás haciendo dedo aquí? Tú debes tener una limousine que te lleve.

Yo creo que todo el mundo en Bolivia pensaba que don Gamaliel era rico, porque estaba en el grupo de poder del país. Pero él era una persona que parece que nunca tocó un centavo del erario boliviano. Era incapaz de hacer eso, su función era otra, era orientar, trabajar con los jóvenes, apoyar las causas justas, ese era su mundo. El mundo económico no iba con él. Parece que intentó muchas veces lograr tener fortuna, pero no le iban bien los negocios, siempre salía mal parado, y bueno, al salir mal parado él, todos estábamos mal parados. Esa fue mi experiencia en ese lapso.

Cuando él decide irse para Perú yo ya tenía 16 años. Viajamos por tren hasta un Puerto que se llama Guaqui, sobre el lago de la parte boliviana y ahí tomamos un vapor que iba hasta el otro lado del lago, a Puno. Subimos al vapor muy livianos de equipaje, porque esa era otra de sus ideas. En la casa había el mueblario necesario, pero nunca nada exagerado, él no quería comprar cosas, o no le interesaban. Él nos decía: “nosotros estamos de paso, lo que hay que comprar es maletas”. Entonces cuando íbamos a subir al vapor, yo iba con un maletín pequeño, él con una maleta pequeña también y dos cajas grandes de manuscritos, y ahí es cuando me dio una lección que yo siempre recuerdo, me dijo: “en tu país nadie tiene que decir que tu padre tomó un centavo. Si alguna vez escuchas que alguien está diciendo que yo tomé algo de tu país, es mentira, yo llegué a tu país como me voy, con mi maleta y mi atado de papeles”. Eso me impresionó mucho, porque después... fue muy necesario lo económico cuando llegamos al Perú. Recuerdo que mis hermanos mayores reclamaban esa falta de cuidado por la parte económica de la familia, pero él no estaba en eso, estaba en otra cosa, en otro mundo. Como él decía, necesitaba estar “liviano de equipaje”. Supongo que no necesitaba tener mucho para ser feliz, y tampoco seguramente quería usufructuar de su conocimiento, de lo que él sabía o lo que podía hacer en beneficio de otros, porque a mí me parece que en Bolivia tuvo mucho que ver con la Reforma Agraria, con el proyecto de Warisata, con el Código Laboral, con el Código Minero, etc. Yo recuerdo que estuvo

mucho tiempo trabajando en COMIBOL.<sup>1</sup> Alguna vez fui a verlo allá y... no sé lo que hacía porque yo era muy pequeño, pero la oficina que tenía era más o menos del tamaño de esta sala. Era enorme, muy elegante, supongo que tendría que tener una posición importante allí por el hecho ese de que se había hecho la Reforma Agraria, la nacionalización de las minas, el sistema educativo que cambió. Pues yo creo que con todo esto don Gamaliel tuvo mucho que ver.

Después llegamos a Lima y allí volvió a cambiar toda la situación de la familia y él decía que... [silencio] alguna vez le escuché mencionar a Lima como el Gólgota, porque parece que tuvo muchas dificultades allá, y al final lo crucificaron. Yo no estuve físicamente presente cuando falleció, pues ya estaba trabajando, porque había necesidades económicas que cumplir, y tampoco pude participar del entierro ni nada de eso, yo ya llegué después. Pero tengo una anécdota que creo que tiene relación con él y también con lo que está sucediendo aquí en este momento en Pittsburgh.

Estando yo allá trabajando en la selva peruana, unos días antes de que él fallezca, tuve un sueño. Yo no sé si era una premonición o simple coincidencia, pero fue algo que me impresionó mucho y después lo relacioné con lo que había pasado. Soñé que yo era pequeño y estábamos en el Altiplano, como cuando salíamos de paseo, pero él iba por delante y me llamaba, me decía “Indiecito apúrate, apúrate”, pero a medida que avanzábamos él empezaba a crecer, se hacía cada vez más grande... y como yo era pequeño, iba corriendo detrás de él, pero llegó el momento en que ya él desapareció... Yo no sé... [silencio prolongado]. Estos son recuerdos dolorosos, pero quizás era eso, que él iba a convertirse en un gigante para mí y también para ustedes, que son académicos, que pueden investigar su obra y probablemente conocerlo mejor que yo. Por ejemplo, sobre detalles de su vida, José Luis Ayala tiene muchísima más información que yo. A veces tengo que preguntarle ciertas cosas para poder re-descubrir a mi padre, pues mi relación con él, como les digo, era muy personal, de hijo y padre, no tenía nada que ver con la cuestión literaria. Era... amor, eso era todo.

---

<sup>1</sup> Corporación Minera de Bolivia, creada el 2 de octubre de 1952 por el gobierno de Victor Paz Estenssoro.

Él era un hombre muy apasionado con su trabajo, tenía una capacidad increíble de trabajo. Se pasaba todas las noches trabajando. Eso es otro de los recuerdos gratos que tengo de él. A veces me quedaba a dormir en su casa, ya cuando mis hermanos habían inmigrado al Perú. Me quedaba dormido en su cama, a los pies de él. Ya me había acostumbrado a escuchar el golpeteo de la máquina de escribir y ya no me molestaba, me quedaba dormido igual. Incluso él a veces estaba trabajando y su forma de corregir o de verificar si lo que estaba escribiendo estaba bien, era leer los originales y reproducir las voces de todos los personajes, y entre los personajes no solamente había seres humanos, sino un sin fin de otros seres, animales o seres mitológicos. Él hacía todo lo que ustedes ven en el *Pez de oro* o *Resurrección de los muertos*. Leía en forma teatral, y para mí era pues muy agradable escuchar cómo le daba vida a todos estos personajes y cómo cambiaba la voz, hacía inflexiones... me parece que alguno de ustedes mencionó eso del “glu glu glu”, pues todos esos sonidos él los actuaba, seguramente era también una manera de limar todo lo que necesitaba corregir. Para mí todas esas experiencias han sido demasiado especiales. Otra cosa que me llamó mucho la atención fue lo que pasó una noche. Algo extraño. Yo me había quedado dormido a los pies de su cama (yo podía dormir en el cuarto de al lado, pero la casa era tan grande, los cuartos eran tan grandes, que yo tenía cierto temor por estar solo en la oscuridad, entonces a veces prefería quedarme a dormir en su pieza). Su cuarto era bastante grande y a él le gustaba trabajar en la cama porque sufría de los bronquios. El cambio climático ya estaba afectando mucho a la ciudad, entonces él trabajaba en la cama. Un día yo me quedé dormido y me desperté por casualidad, y vi algo sorprendente, porque había otra cosa que me llamaba la atención en el cuarto. Él tenía una cantidad enorme de periódicos en unos estantes. Eran miles de periódicos amontonados en una esquina y más todos sus libros, pero nunca se comían los ratones los papeles ni los periódicos, era muy extraño. Pues yo desperté y vi a don Gamaliel dándole de comer a un ratoncito. Estaba el ratoncito sentado sobre la mesa donde él tenía su máquina de escribir y unos trozos de queso —siempre tenía queso en la mesa. Cuando yo me moví un poco el ratón salió disparado y él me dijo: “Son amigos míos, en la noche salen a visitarme”. Él tenía esas cosas, era una persona que tenía una relación especial con los animales, con los perros, sobre todo. Los perros como que lo elegían a él, andaban

detrás de él. Cuando llegaba a la casa, los perros llegaban detrás de él. Llegamos a tener cuatro perros en la casa. Esas son cosas que yo puedo compartir de lo que viví con él. No fue un lapso muy largo, básicamente estuve muy, muy cerca de él hasta cumplir los 18 años, después de eso yo me tocó ir a trabajar para ayudar a sostener a la familia y, lamentablemente, ya nos veíamos muy poco...

En estos momentos les estoy hablando como si fueran mis hermanos, porque me he sentido tan acogido aquí en Pittsburgh. Para terminar, les voy a hacer una relación de los materiales inéditos que conservo de don Gamaliel. Son unas 2600 páginas, además de una serie de cartas —alrededor de ochenta cartas. Conservo también los originales de algunos artículos, abundante documentación para su biografía (especialmente en relación a negocios de lavaderos de oro que parece que existieron y en los que, quien quedó mal parado, era él) y muchas otras cosas. Además, existe la posibilidad de que se conserven materiales en el Perú. Tenemos un sobrino que por circunstancias de la enfermedad de mi hermano Teófano, que conservaba una caja con contenidos parecidos a los que yo guardo, llevó esa caja a Lima. Intenté varias veces recuperar esa caja, pero hasta ahora sin éxito. Pienso intentar nuevamente, a ver si esta vez logro que esta persona la devuelva. Con esta esperanza, concluyo mis memorias y mis recuerdos... Muchas gracias por escucharme.

Pittsburgh, 4 de noviembre, 2016